

pueden embellecer el hogar de las familias escogidas, la humildad es el nardo de los *Cantares*, que descuella por lo nítido de su blancura y por lo suave de su perfume (1); es el pedestal de la verdadera gloria (2); es el fundamento de toda obediencia y el secreto de las más grandes abnegaciones, y la mantenedora de toda verdad, y la engendradora de todo bien y de todo reposo (3). La humildad quisiera ser solo un átomo, y es todo un mundo: ella procura descender y ocultarse, y brilla siempre en las cúspides: ella rehusa la gloria, y es coronada, á pesar suyo, con las más preciadas diademas.

La clave de esa virtud es sólo una; pero sus resortes y sus manifestaciones dijérase que son infinitos. La humildad puede coexistir ciertamente con la pasión del saber; mas al penetrar en los dominios de la ciencia, jamás pierde de vista el faro luminoso de una Sabiduría infalible: no de otro modo que el que camina por los espesos árboles del bosque no deja de contemplar por entre los claros de sus copas y sus ramas las estrellas del firmamento. La humildad puede coexistir con la riqueza; pero los poderosos humildes saben que son hermanos del pobre en el corazón de Jesucristo; que deben ser los amparadores incansables del que sufre; que la limosna que ponen, por la

(1) *Cant.*, I

(2) S. August: *De verbis Domini*.

(3) S. Bern., in epist. ad Soc.

caridad de Dios, en manos del infortunado, centuplica sus tesoros en el cielo; que acaso fueron más de una vez rescatados, por las oraciones del pobre, de los cautiverios del mundo. La humildad se encuentra más frecuentemente aún con los desengaños y con los dolores; pero se abraza amorosamente con ellos, como se abrazan y se besan la justicia y la misericordia; y los alaba y los bendice, porque son para ella crisol ardiente que purifica y salva. La humildad concentra al hombre dentro de sí, para sondear la profundidad de sus miserias y los abismos de su nada; pero también suele elevarle sobre sí mismo, para señalarle lo noble y divino de su origen y para asegurarle que el Hacedor Supremo le tiene preparada una mansión de indescriptible hermosura en los alcázares eternos. Señores: en las escenas memorables que hemos examinado han sido solamente la Virgen de Judá y la favorecida Isabel quienes nos ofrecen y nos inculcan los ejemplos y las aspiraciones de esa virtud sobrehumana; pero la imaginación nos representa ya nacido, bello, suave, formado en el desierto, iluminando con su palabra al mundo, al Precursor del Mesías; y en él debemos igualmente admirar hoy el tipo del corazón sencillo, que sabe hermanar con su atractiva dulzura la caridad y el celo en que arden las almas privilegiadas; la humildad prodigiosa, que condenaba, no obstante, con energía sublime, en las regiones del Jordán, el formalismo hipócrita, el Saduceís-

mo carnal, el Fariseísmo orgulloso y sombrío, las liviandades de una Corte prostituída; atmósferas todas de fuego ó de hielo, donde no entraba un solo rayo de virtud real y purificadora; humildad que, habiendo podido obtener, con sólo su silencio, un puesto preferente en los palacios y en la Sinagoga, prefería morir en un recinto escondido, por la causa de la verdad y por la integridad de la justicia.

Por todo esto, Excmo. Señor, y para perpetuar en la marcha de los siglos, no ya exclusivamente las puras y provechosas enseñanzas, sino hasta el nombre y la advocación misma del Misterio que hoy veneramos, llegó un día en que uno de los más humildes y más gloriosos hijos de Francisco de Asís, un alma místicamente enamorada de las prerrogativas y de las excelencias de la Virgen María, como lo habían estado antes San Epifanio, San Ildefonso, San Juan Damasceno y San Bernardo, el Doctor Seráfico, el tierno y angelical San Buenaventura, decretó esa festividad para todas las Iglesias de su Orden; festividad que los Pontífices y los Concilios extendieron á la cristiandad entera, para júbilo y entusiasmo de los espíritus religiosos. Pero fué, Señores, cuatro centurias más tarde cuando dos seres privilegiados quisieron erigir, bajo la influencia y el amparo de la Visitación de María, una Institución fecunda y bienhechora como la gracia del Señor que la inspiraba. Durante largo tiempo, esa Con-

gregación bendita, en la que vemos tantas damas de noble sangre humillarse hasta el abatimiento, y tantas jóvenes de humilde cuna alcanzar la soberanía en los reinados del espíritu, vivió sólo visitando, socorriendo, enseñando y fortaleciendo al enfermo y al pobre. Y cuando plugo á la Providencia de Dios cambiar aquellos destinos por destinos más perfectos, el sacrificio libremente aceptado de un Pastor incomparable y de una mujer extraordinaria hará sonar la hora de nuevas inspiraciones á Vicente de Paul. Así podemos leer en las páginas de la Historia Eclesiástica que cuando la Hermana de la Caridad aparece, como visión celeste en medio de las sociedades, el fundador humildísimo de los ángeles custodios del hospital y del campamento se apresura á declarar que aquel pensamiento no es suyo, sino que es la rica é inagotable herencia con que una fiel imitadora de las viudas de los primeros siglos ha querido enriquecerle. Después de tan felices acontecimientos, han pasado cerca de otros tres siglos, y ya los Supremos Pastores de la Iglesia colocaron en el altar de los templos católicos las dos figuras venerandas que realizaron el pensamiento sublime de perpetuar la memoria de la Visitación de la Virgen María á la morada de Isabel; y nosotros, Señor Excmo., no concebiremos acaso que haya Fundadores más amables, más amados, más humildes, más admirados y queridos de las almas piadosas, que San Francisco de Sales y Santa

Juana Francisca Fremiot de Chantal, cuyo Instituto, ornamento y gloria de Francia y de Suiza, ha llenado en escasos lustros á Europa, y ha edificado al mundo.

Resumamos ya, Señores, las ideas de este Discurso. Los impulsos del gozo santo y de la caridad ardiente con que María salva los valles y los montes para visitar á Isabel en la montaña consagrada por tan hermosos recuerdos; los tiernos é inspirados saludos que se cruzan entre las dos madres elegidas; el Cántico de adoración y de humildad sin par que ha pronunciado la Inmaculada Virgen, elevando su gratitud al cielo por la maternidad divina, son gracias sobre gracias, prodigios sobre prodigios, virtudes sobre virtudes, realizados en dos almas favorecidas por predestinaciones altísimas; son alas poderosas que el Entendimiento Divino, la Bondad Infinita y el Bien Sumo ofrecen constantemente á nuestro espíritu, á fin de que se remonte á las regiones de lo suprasensible, de que vislumbre los dogmas augustos de nuestra fe, en cuyas íntimas relaciones están los resortes eficaces de nuestra justificación y nuestra ventura eterna. Las incesantes solicitudes de la Virgen María para con la Madre del Bautista; los crepúsculos de la mañana y de la tarde contemplando sus graciosas excursiones á los sitios memorables que sus mayores hicieron tan famosos; su admiración á la naturaleza creada, sus sonrisas á la fuente cristalina, sus consuelos y mercedes á los

necesitados, son las múltiples dádivas de un alma buena y generosa, son los diversos aspectos de la verdad y el bien, son bellas y olorosas flores de una misma planta; son, en fin, como la luz del sol, que según su dirección y su altura, da distintos colores á unos mismos campos, á unas mismas aguas, á unas mismas nieves y á unas mismas montañas.

Y para concluir ahora, hermanos míos, digna y fructuosamente esta meditación sencilla sobre tan inescrutables arcanos, postrémonos conmovidos ante los altares de esa Virgen Clemente, y digámosla, con las conmovedoras frases de la mujer de Zacarías: «¿De dónde pude yo merecer que venga á mí la Madre de mi Señor?» *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?* ¡Oh Madre mía! Tú serás desde hoy para nosotros la estrella de nuestras esperanzas y el encanto de nuestra existencia. Presa continuamente nuestro espíritu de pasiones tempestuosas, y á veces de desoladoras dudas, yo acudiré siempre á Ti, buscando las auras de la bonanza y la luz de las verdades eternas; é implorando las gracias del Dios Omnipotente y Misericordioso por tu mediación y tu amor, déjame añadir contrito, á las adoraciones del Arcángel y á los acentos de la fervorosa Isabel, esta oración preciosa con que corona la Iglesia aquellas salutations inmortales: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.» Amén.]